

dió el alma à Dios, y el espíritu à nuestra Reyna, y Señora de Occotlán, como piadosamente se cree de su ajustada vida, tan inculpable, que instado del Capellan, poco antes de su felicissimo tránsito, sobre que se reconciliasse, no halló ni aun materia leve en su conciencia, que poner para la absolucion. Fue en estremo devoto de San Francisco, cuya cuerda ceñia; y el Santo le pagó con ponerle à la cabecera à un hijo suyo, que le asistiessse, y cerrassse los ojos. Su Cuerpo está sepultado en aquel mismo Templo, y tierra, que tantas vezes regó con sus sudores.

CAPITULO X.

MILAGROSOS SUCESSOS ACAECIDOS EN el Santuario, y ante la Imagen de nuestra Señora de Occotlán.

YA huvieramos hecho de diamantes toda la Iglesia de Occotlán, si por cada prodigio de los infinitos, que visible, è invisiblemente se obran entre sus quatro paredes, nos dieran un solo grano de oro. No tienen numero, pero por no alargar esta Historia, los que dixere, seràn contrados; aunque me quede en el alma el dolor de aver de condenar à los humos, y sombras del silencio muchos, que por esclarecidos pudieran llenar de luzes al Mundo.

§. I.

MErece el primer lugar entre los singulares, y raros, el que sucedió con un Caballero, Vezino de Tlaxcala, y Secretario de su Republica (y si este gran milagro no dà fuego en los corazones de todos, para morirse de amor, por la Virgen de Occotlán, no sé que otro!) el Sugeto fue D. Miguel de Ortega Funes de la Pava, casado con Doña Anna de Nava, y de la Mota Altamirano: Sugeto de un entendimiento sublime, y amables condiciones. Este contrajo una enfermedad maligna, originada de un bebedizo (se-

gun

gun en aquel entonces se discurrió) y el que poco à poco lo fue entecando, y obscureciendo todas las luces del alma: porque lo gruesso, y acre del humor venenoso, se puso à las puertas mismas del racional, sin dexarle reendrija à la razon, para discurrir, ni organo à todas las tres potencias, que no le destemplasse. En fin se insensató este Caballero, de suerte, que ni aun el facil camino, que ay de la mano à la boca, para comer, se le acordaba: solo lo que le quedò un medio instinto, para quejarse, y sentir un ruido extraordinario, y molesto en la cabeza.

Todo este gran trabajo, con todas sus amarguras, cupo en el corazon de su Esposa, pero no cupieron, ni pudo digerir las muchas hieles, que le causaba la duda, de *si estaria en gracia de Dios su Marido, quando lo engañò el accidente*. Cansóse la medicina; cansóse la esperanza, y (aun lo que es mas) la compasion de los que veían en aquel estado una capacidad tan monstruota: solo los ojos de Doña Anna no se cansaron de llorar; ni su confianza, y fee con la Señora de Occotlán, de pedir. Resolvióse un dia, con impulsos muy vehementes (que entre los latidos de su piadoso pecho, le prognosticaron su mayor dicha) à llevar à su Esposo al Santuario; como en efecto lo llevó con no pocas dificultades, por la ninguna ayuda, que tenia en el mismo enfermo, à quien fue preciso llevar cargado, como à una criatura. Llegada la Muger à la Iglesia, y puesto à su Marido delante de la venerabilissima Virgen, mas que con voces, con gemidos, y afectos, le decia: *Señora, y Madre de los pecadores, muera, muera, muera mi Esposo, si es tu gusto, pero tenga el consuejo yo, de que buelva en sí para confessarse*. Estas mismas suplicas hacia al mismo tiempo, el ya mencionado Capellan del Santuario D. Francisco Fernandez de Silva, añadiendo conjuros, y otras devotas preces.

El fin de estas plegarias, fue salir de la oreja del Secretario un Moscon, que se deshizo en ayre, cessar el ruido de la cabeza, y bolver instantaneamente en su acuerdo. Ay obras tan grandes, que quererlas ponderar, es solo intentar-

M 2

las

las deslucir, y así quedese el corazón, y el entendimiento à solas con esta maravilla, y vamos nosotros adelante. Dieron ambos à dos repetidas gracias à la Amabilissima Reyna; y para que al jubilo de la Esposa, nada le faltasse para cumplido, en la misma Iglesia oyò de la boca de su Esposo, *que queria hacer una confesion general de toda su vida.* Recogióte para este efecto, ya bueltas à su antiguo estado todas las funciones del alma, se dispuso; y puso la confesion por obra, con muestras de un dolor excesivo. Recibida la absolucion, y la gracia bolviò el Secretario Ortega à ponerse como antes insensato. Qual sea mayor prodigio de la Santissima Virgen de Occotlán, abrir con las llaves de su poder las cerradas puertas de la razon à este Hombre felicissimo, para que se confessasse de espacio; ó despues de confessado, no dexar ni resquicio, por donde se pudiera (introducida alguna nueva culpa) salir huyendo la gracia? Esta gran disyuntiva, que la resuelva la admiracion. De este milagro acontecimiento, son testigos abonados, dos Religiosos Jesuitas, que aun viven en la abanzada edad de cinquenta, y sesenta años.

Cierto Escultor, mandado de no sé quien, ni à què fin tuvo valor, y manos para aplicar el escoplo à la talla de la Santissima Imagen; y viendo el Cielo este desfacato, improvissamente despidiò de las nubes una centella. No le llegó al Escultor, pero hizo grimoso efecto en Gabriel de Santa Maria, que actualmente estaba delante de la Señora, acabando con su Muger, y quatro hijos, ciertas deprecaciones, que se dicen *las Alabanzas.* La ruina, que causò el rayo, fue abrasarle à este inocente todo el cuerpo; abrirle dos bocas en la barba, y tercera en el ombligo, tan grande esta, que descubria el redaño, y tan fatales aquellas, que le manaban podre. Llevaronle à tu casa fuera de sí, pero haciendo reflexa, que en el Santuario le picò la vibora de aquel fuego, que baxò de las nubes culebreandose, sin mas que aplicarse una Estampa de la Virgen de Occotlán (contra veneno un para las mordeduras, que suele dar la muerte) quedó del todo sano, y vivió mucho despues con perfecta salud.

A vista de estas providencias, y circunstancias, le quifiera yo hacer esta pregunta à la Virgen de Occotlán. Señora, el Escultor te hiere con el escoplo; y este pobre hombre, que te està adorando lo paga? Cayga el rayo sobre el que le quiso enmendar la plana al Cielo, quitando, aunque fuesen apices, de tu bellissimo Vulto (como si las obras de Dios tuvieshen, que quitar, ni añadir) no sobre el otro miserable, que tenia la boca, y el corazón divertido en tus alabanzas, para què es abrir mas bocas? :: Respondo à todo. Estaba el Escultor actualmente con la Señora de Occotlán entre manos: iba la centella à matarlo, per atrevido, y se detuvo por veneracion à la Imagen; como quien dice: * Valgate este Sagrado, y agradece à que el fuego no se puede acercar al Monte Libano, temeroso de la mucha nieve, que destila por su pureza: * y assi se passò de largo, hasta dar con el devoto Gabriel, y mintiendo la centella, voces de luz, le decia: * con una boca no mas alabas à tu querida Madre? No cumples aun con tu amor; ay tienes otras tres para bendecirla, y para que ellas mismas pregonen, quanto es el poder de MARIA, en esta su milagrosa Hechura. El rayo te las abrió? No te apures, que despues de aver alabado con ellas à la Emperatriz de los Cielos, ella misma las cerrará: y assi cerradas todas las bocas, las cicatrices, que te quedaren, iràn profigiendo en sus elogios.

§. II.

MAS suave, y benigno efecto causò un rayo de luz, que desprensiò de sus ojos, la misericordiosissima Reyna, en una Muger dos vezes feliz, por favorecida dos vezes. Llamabase Magdalena de Nava. Vino un dia ciega al Santuario, y desheosa de veer aquella hermosura, que embelefa à los Angeles, valiendose (ya que no pudo de las dos niñas de sus ojos, por inutiles) de un varonil amor, y confianza grande, que siempre le tuvo à la Señora; le suplicaba, que se dexasse veer. La respuesta à esta peticion, fue romperle à Magdalena las nubes, que servian de remora, ò de velo à sus devotas ansias. Comenzò de repente à veer, sin har-

bartarse por mucho tiempo de mirar, y remirar à la Virgen. Fue mucho, que el diluvio de lagrimas, en que se detataron sus ojos, de puro agradecidos, no se los bolviessen à cegar.

Esta misma muger, en distinta ocasion, hidropica, y defahuciada, con la sentencia de muerte sobre sí, ocurrió en brazos de su experiencia à la Casa de su refugio: pidióle à la Santissima Virgen de Occotlán, que la sanasse, y poco despues le ocupó un suavissimo sueño: sacudieronse de él finalmente los sentidos, y assi pudo observar Magdalena, que por los poros de su cuerpo se avia ya evaporado toda el agua, hasta correr por la tierra. Assi corren tambien las misericordias de esta piadosissima Madre, por el Reyno; y mas corrieran, si acudieran mas enfermos à esta Piscina.

Casi arrastrandose, y con dos muletas, subió al Santuario Marzelo Mexia, que mucho tiempo se avia llorado impedido de los pies, sin que le quedasse otra puerta abierta para buscar la vida, que la de sus gemidos. Alzaba continuamente los ojos à la que es unica salud de los pobres; queria ir al Santuario de Occotlán, pero como la naturaleza le tenia con su accidente, cogidos todos los passos, siempre hallaba mil impossibles. No obstante, la misma, que queria darle la sanidad, le dió alientos para subir. Llegó à la Iglesia, echòle à los pies de la Señora, instó con summa confianza, y fue instantaneamente observando, que aquellos penosos grillos, que le aprisionaban los nervios, se le iban soltando poco à poco: hizo prueba, ò examen de su dicha, dexa caer las muletas, y quedase parado, y sin arrimo alguno; y al son de aquellas cuerdas ya floxas, y antes estiradas, cantó su agradecimiento el *Te Matrem Dei laudamus*; bolviendose à su casa con imponderable alegria, y assombro de quantos lo vieron baxar por su pie la cuesta.

D. Juan de la Madera con la complicacion de muchos accidentes, y todos mortales, y por esso, con las esperanzas de sanar, del todo perdidas; por morir à la entrada de la Gloria, se hizo llevar à las puertas del Santuario; la primera noche, que estuyo alli, despues de aver saludado à la Señora,

ra, se recogió en una pieza, y viendolo solo, como traydores tocaron à deguello sus males; dieronse la batalla de rebuelta, y enfurecidos sus complicados dolores, y el pobre D. Juan en medio de todos, y sin armas, cogió el escudo, que tenia tan cerca en la milagrosissima Imagen de nuestra Señora de Occotlán, y se llamó al Sagrado en que estaba, diligencia unica con que se librò de la muerte, que se le iba ya echando encima. Notable atrevimiento de muerte, de dolores, y males, que tengan valor para acercarse à esta torre, y faquen las espadas en el Santuario, y refugio de Occotlán! Salieron por fin corridos, y el moribundo enfermo se bolvió bueno, y sano à la Puebla.

§. III.

EL caso, que sigue es muy moderno, y assi tiene muchos testigos, que lo abonen por milagroso, y con su noticia, y por las circunstancias, se hará qualquiera cargo, de que entre los muchos prodigios, que obra nuestra Amabilissima Reyna, por medio de esta su Imagen de Occotlán: este merecia no solo laminas de bronze; sino tambien una memoria eterna, que lo perpetuara en los siglos, para credito del gran poder de MARIA. En el Pueblo de Acuitlapilco, media legua distante del Santuario, una India pobre, dió à luz una criatura, pero à ella se le obscureció todo el Sol, con aversele detenido las pares: desgracia en que la aprehension por lo general, prognostica, las negras sombras, y entradas de un sepulchro: para que las echasse Josepha (este era el nombre de la parida) se le aplicaron muchos remedios, se hicieron muchas plegarias; pero todo en vano, veinte, y quatro horas contaba ya la infeliz sin hallar horizonte à los consuelos; por ser este el ultimo termino, que pone à las esperanzas la medicina. Passóse otro dia natural, y con ser que en tempestad tan deshecha, estaba ya naufragando en inminente riesgo la vida, con todo, no tuvo valor la muerte para acercarsele, y es, que le estaba leyendo à la India el corazon (que assomò muchas vezes por la boca) invocando con gran ternura à su Madre, y Señora de Occotlán; y como à la invocacion de este nombre, no ay muerte,

re, que le tenga, lo mas que hizo fue quedarse à la mira, aguardando à que la enferma lo dexasse un momento de la boca, para poder entrar: no lo dexò ni un punto, y assi la muerte desesperada se retirò.

Determinóse Josepha ir, aunque fuesse arrastrandole, à la Casa de su Señora. Opusole à su dictamen la prudencia, con racionales motivos, y aun el mismo lumbré de la razon, con mas que evidencias del peligro: no obstante, porfió la India, de fuerte, que huvieron de condescender los suyos con la demanda. Iba caminando ya cargada; ya à pie; ya sobre un Asnillo, con todas las señales de moribunda, pero su fee con todos los indicios de viva. Los Conductores à cada movimiento temian la ultima boqueada; Josepha à cada passo clamaba por el remedio à la Santissima Virgen de Occotlán. Llegados por ultimo à la Iglesia, pusieron à los ojos de la Señora à la parida; levantó esta los suyos para veer à su Madre, y con toda el alma pendiente ya de un solo hilo; con todo su corazon ya sin alas, y sin alientos le pedia, que la sanasse con su acostumbra clemencia en una constitucion como la suya tan trabajosa. Todo el dia se consumió en estas humildes suplicas, y toda la noche en parafismos, pero su confianza por instantes mas firme. En fin (por no detener el dichoso fin de este suceso) verdaderamente admirable; diez, y ocho Soles se assomaron por el Oriente, à veer esta maravilla: diez, y ocho vezes la Luna abrió espantada los ojos à contemplar este prodigio; por casi tres semanas estuvo la naturaleza en expectacion del ultimo fallo: pero no lo vieron sus ojos, porque à los diez, y ocho dias de averte detenido las pares, las arrojó Josepha corruptas, sin corrupcion, ni detrimento suyo, pues se sintió con aquel desahogo, no solo alegre, y agradecida, sino con tanto vigor, y fuerzas, que se bolvió buena, y sana, y oy vive con perfecta salud. Valgame el Cielo! diez, y ocho dias una Muger sin morir, con toda la muerte en las entrañas! Quatrocientas, y treinta, y dos horas, sin acabar, con un veneno tan activo en el vientre! Esos ya son quatrocientos, y treinta, y dos milagros! Mas son: pues cada minuto era un

assom-

VI 2
assombro, cada instante un portento! O mil vezes benditos los que buscan para sus dolencias en la Señora de Occotlán el remedio!

El M. R. P. Pedro Fernandez de Zorrilla, que mal contento con la Muzeta, y la Borla, con los Puestos, y Dignidades, y aun con las bien fundadas esperanzas de muchas Mitras, à que eran acreedores sus relevantes meritos; para guarecerse, y librarse de estas invasiones con que el Mundo le amenazaba por el conducto de sus nobilissimas venas, se refugió al Sagrado, y Castillo del General de las Tropas de Josué, el gran Patriarcha San Ignacio de Loyola; llegó, pues, dicho Padre al Santuario de nuestra Señora de Occotlán, quando ya casi daba la luz de su apreciable vida las ultimas llamaradas. Comenzó una Novena à la Señora, y comenzó la Señora desde el primer dia à usar de sus piedades con él: de modo, que à conforme se iba acercando à este bellissimo Sol, mas se iba sintiendo en sus quebradas fuerzas, la benignidad de su influjo, y el recobro de la salud, hasta llegar al fin de la Novena, à toda su perfeccion: con la que en el mismo Santuario trabajò un Panegyrico de su Santissimo Fundador, que se le avia encomendado, sin el menor sentimiento de su (antes) intervible debilitada cabeza.

Y porque este gran Sugeto, y Religiosissimo Padre, no salga aun en la Historia solo, le daremos por Companero un Coadjutor, qual es el P. Juan de Bringas, que tambien (como el P. Pedro Zorrilla) le arrojó à la vanidad, y al Mundo sus oropeles, escupiendole à Marte en su cara con una Gineta de Capitan, que le avia encomendado; porque apreció en mucho mas ser Soldado raso en la Compania de JESUS: aunque no tan raso, que con el oficio de Procurador del Colegio de San Ildephonso de la Ciudad de los Angeles, no sea el todo en los viveres de sus Commilitones. Este Sugeto, pues, con la salud tan quebrantada, y de fuerzas tan debil, que ni hincarse podia, sin mucha dificultad, la venció por ultimo yendo à visitar à la Señora. El fin de su jornada fue arrodillarse muchas vezes à venerarla con summa confianza, y devocion; y à los onze dias bolverse bueno, y sano à sus ordinarias taréas.

N

Anna

S. IV.

A Nna Maria Teresa en Abito descubierto del gran Padre Santo Domingo, padeció por muchos un Hipo, que no solo le desquaternaba las coyunturas, causandole infufribles congoxas, sino que con la violenta repercusion del estomago á la boca, á que le provocò asfido continuado, llegó á vomitar muchas vezes sangre, y á persuadirle á que en un vomito de effos escupiera tambien el alma: el miedo era racional, y assi con la espuela, que el mismo miedo le puso, ó con las alas, que le dió la viveza de su fee, volò al Santuario de Occotlán, postróte confiada ante la bellissima Imagen, y sin otro medicamento, allí cessaron las agonias; allí se acabó el Hipo; y de allí se bolvió á su casa libre del accidente.

Una hija de Doña Maria de Cordova, en la tierna edad de siete años, padeció un dolor de cabeza en summo grado intenso, que (para apresurarle la muerte) se juntò con una calentura diaria, sin que hallasse en un mes la medicina, ni al dolor lenitivo alguno, ni cautela contra la fiebre, la palidès del rostro en la Criatura, indicaba principios de erica, y lo acervo del dolor álgun enemigo oculto en el cranio, que nunca se pudo descubrir por los Medicos: viendose desesperado el lance D. Ignacio Martin Dominguez, Padre de la Niña, se salió con ella de casa, y haciendo reflexion en muchos favores singulares, que otras vezes le avia merecido á nuestra Señora de Occotlán, entrò al Santuario, y se la puso á la Virgen delante de su throno, suplicandole al Capellan, que la ungiesse con el oleo de la lampara, y acompañasse sus suplicas, ya que no su dolor, y sentimiento, al veer padecer aquella innocente. El fin de la uncion, y la plegaria, fue irse levantando la Niña, ya fuera del tyranico poder de aquellos dos matadores, que á passos lentos la iban conduciendo á la sepultura.

Por el mes de Febrero del año de 42. vino á la Casa del refugio Doña Rosalia de Huerta, con nueve años de un fluxo de sangre, y todos los fatales prenuncios de muerte, que trae consigo enfermedad tan penosa. Al romper en pre-

fencia de la Señora los diques á sus ojos en copiosas avenidas de lagrimas; se estancaron para siempre las de la sangre, pues hasta el dia de oy no ha buuelto á sentir el mas minimo movimiento: quedó tan agradecida á su Bienhechora, que propuso visitarla mientras viviesse todos los años. Uno de estos, que fue el de 46. traxo consigo á Phelipa Benicia, Sobrina suya, gravemente aquexada de la Gota, y á Francisco Martin Barrero, atormentado de un recio, y continuo dolor de estomago: Allí quedaron ambas dolencias deshechas, ó ahogadas en el azeite de la lampara, que cada una se untó en la parte dolorida. Con el mismo remedio, y en la misma Iglesia, y Santuario de Occotlán. Maria Josepha, hija de D. Francisco Xavier Molina, y de Doña Petronila Matamoros, sanó de una purgacion en el oído, tan instantaneamente, que no dexó razon para dudar aver sido milagro manifesto.

En una de las dos ocasiones, que se baxa la Imagen de la Señora para vestirla, entre la mucha gente, que en tales circunstancias concurre al Camarin á besarle las Manos, entrò Joachin Antonio de Castellán. A este mozo se le introduxo en el brazo un dolor tan vehemente, que en veinte dias no le vió la cara al menor consuelo, por la resistencia, que hizo el mismo dolor á muchas medicinas, que le aplicaron. Por ultimo el brazo se le murió, sin poder usar de él, por intensible. Con esta nueva amargura, que en un pobre no es poca: pues no come sino trabaja, ya en presencia, y muy inmediato á la Señora, le rogò al Capellan, que le suplicasse (pues era dueño de la vida, y salud de sus devotos) que se doliera de él: el Capellan sin arbitrio, porque su fee no lo consentia, puso el brazo ya inmoble del enfermo sobre las Manos de la piadola Madre, con exito tan feliz, que yendolo á curar la noche del mismo dia, movió los dedos hasta entonces contrahidos, despues la mano, y el brazo por ultimo. Como pudiera menos, si de las Manos de MARIA nunca puede faltar la fortaleza, el poder, y el dedo de Dios?

A Juan Evangelista, hijo de Augustin Perea, y de Ma-

nuela Petronila Matamoros, desde el primer mes de su nacimiento hasta los quatro años cumplidos de su edad, le affigió una Quebradura, al juicio de los Medicos incurable: pues el llorar (que no puede ser sin pujanza, y que es preciso, pues no ay en las Criaturas otra lengua para quejar(se) era impedimento á la curacion. Celebrabase en el Santuario la fiesta titular de nuestra Señora, y persuadida la Madre del Chicuelo, á que en tal circunstancia era su consuelo infalible, entró á la Iglesia con él en sus brazos, hizo humildemente su suplica con la boca, y la redobló por los ojos con el llanto. Debíó de ser este tan dulce, y tan agradable á la gran Reyna, que al momento se lo enjugó: soldándose allí mismo la Quebradura con la unción del azeyte, medicina usual, y comun, para quien usa de él con confianza.

S. V.
DOña Antonia Ruiz de Tagle, Espota de D. Manuel Ruimayor, se sintió en muchas ocasiones moribunda, y casi ahogada con el dogal, y aprietos de una compresion en las fauces, violentissima: de modo, que el corto alimento, que dificilmente tomaba para poder respirar, era con no sé qué apariencias, ó visos de morir. Con estos ahogos, y sin hacer reflexa en el inminente riesgo, por la subida, se resolvió á subir, como lo hizo, al Santuario de nuestra Señora de Occotlán, y hecha su humilde suplica, con toda aquella confianza, á que instimula el deseo natural de la vida, comulgó (buena providencia: meterse en las entrañas al hijo, para merecer, que la Madre nos franquee las suyas) con este medicamento se bolvió Doña Antonia á su casa, dándose por segura en un todo: llegada que fue, se retiró de manera el ahoguo, que fue necessario en pocas horas repetir hasta cinco langrias. Pues qué no la sanó la Virgen de Occotlán? Con que se resistió este accidente á su poder? Con que ha de morir ahogada, quien buscó su desahogo en su Santuario? No lo créan. Pues si la Poderosissima Señora dispuso el mismo dia, que aquella Muger la fue á visitar, el que le picáran las venas, fue para que su misma

sangre le sirviese de tinta, en que mojasse una de las plumas de las alas del corazon, con que escribir de su puño: *que desde entonces nunca mas le assaltaron los ahogos.* Así lo testifica su gratitud.

A Manuela Hernandez, hija de Maria Carrillo, morrió un Perro poseído de la rabia: llevandose entre los dientes, aun las cortas esperanzas de vida, que pudo aver (aunque el veneno de la mordida, que verdaderamente es fatal, no la acabasse) pues le dexó el cuerpo tan destrozado, el vientre tan carcomido, y uno de los brazos por ultimo tan deshecho, que quebrara corazones de bronze el verla, y más el oírle los irremediables sollozos, en que la hizo prorrumpir el dolor. Echaronle los Medicos la sentencia de muerte á la infeliz Muchacha, pero no su piadosa Madre: tube al Santuario, acuesta á la hija sobre la alfombra del Altar, donde se venera la Santa Imagen, y con los ojos llenos de lagrimas, le dice: * Señora, ahí está á vuestros pies esse pedazo de mis entrañas: bien sabéis lo que duele un hijo despedazado á los ojos de una Madre affligida. En la tierra no ay quien la cure; si no me la sanais: ella, y yo moriremos á vuestros pies. * Con esta deprecacion parado un buen rato, y con el lavatorio del Agua Santa, que aplicó á las heridas sanó la hija: haciendose los Medicos cruces, por estar tan encontra así sus aphorismos, como las experiencias de los pocos, ó ningunos que conyalescen, una vez mordidos de Perros, que están con rabia.

Esta misma Muger, engreída justamente con favor tan extraordinario, experimentó en otras dos ocasiones las mismas piedades de la gran Reyna. Una, quando dislocado del quadril un hueso, no podia andar si no arrastraba la pierna izquierda: tal fue la dislocacion! Otra en que se vió tan mala de unos latidos capitales, que le parecia partirsele el casco, ó que con cuchillo le atravesaban las sienas: en ambas ocasiones halló en el Santuario el remedio tan prompto, que de allí baxó con el quadril en su lugar, y sin el dolor de cabeza, que por el espacio de tres meses le atormentaba.